

LAS SATIRAS DE HORACIO

en verso castellano

(El señor don Francisco Vergara Barros, colegial y doctor en filosofía y letras del Colegio del Rosario, correspondiente de la Academia Colombiana; ex-gobernador del Magdalena y representante que ha sido al Congreso Nacional, después de haber traducido a verso castellano y publicado en partes las odas de Horacio, ha emprendido la versión de las sátiras del egregio lírico latino. Con permiso del autor, insertamos la muestra que sigue).

LIBRO I

SATIRA I

¿Por qué ocurre, Mecenas, que ninguno
 Vive jamás contento con la suerte
 Que le dio su razón, o bien que el hado
 Arrojóle, y alaba cada uno
 La condición que en los demás advierte?
 «Feliz el mercader!» dice el soldado
 Que al peso de la edad está rendido
 Y de largas fatigas, abrumado.
 Exclama de su lado el mercadante
 Cuando el Austro su nave ha sacudido:
 «Es mejor la milicia! ¿Qué sucede
 En ella? Que se traba la pelea
 Y o muere en un momento el contincante
 O gozosa victoria le concede.»
 Cuando, al canto del gallo, le golpea
 La puerta el cliente, alaba el abogado
 Su suerte al campesino,
 Y aquel que por fiador, siendo arrancado
 Del campo, a la ciudad halló camino,
 Proclama que dichosos solamente

Son aquellos que habitan las ciudades.
 Los restantes ejemplos de esta laya
 Ocurren en tan vastas cantidades,
 Que lograran cansar al elocuente
 Fabio, que a enumerarlos se pusiera;
 Mas, porque demasiado no se vaya
 A extender mi relato con rodeos,
 Escúcha a dónde voy, de esta manera:
 Si algún dios les dijera:
 «Presto estoy a cumplir vuestros deseos:
 Tú en mercader te tornarás, soldado,
 Y tú de agricultor, en abogado.
 Trocados los empleos,
 Partid ya cada cual por vuestro lado.
 Pues vamos! qué os detiene todavía?»
 Aun perdiendo ocasión de ser dichosos,
 Ninguno con el trueque se avendría.
 Y así cuando, en justicia, enfurecido
 Cierre Jove a sus ruegos el oído,
 Osarán a mostrársele quejosos?
 No, así risueño, seguiré adelante
 Como aquel que estuviera discurrendo
 De frívolas materias, mas, no obstante
 Que puedo la verdad decir riendo,
 Así como el maestro a sus chiquillos
 Los excita a aprender con dulcecillos,
 Ya, dejando las bromas a otro lado,
 Tras lo serio me voy, por decontado.
 El que remueve la pesada tierra
 Usando el rudo arado,
 El traidor mesonero,
 Lo mismo el militar que el marinero,
 A quien andarse por la mar no aterra,
 Dicen todos que sufren las fatigas
 Para allegar dinero

Que tranquilo reposo
 Les brinde en la vejez, cual las hormigas
 Que, chicas y afanosas (porque citan
 Ellos siempre este ejemplo) valeroso
 Empeño ponen en llevar la carga
 Que pueden, con los dientes,
 Para henchir el granero, que en su larga
 Y sabia previsión de lo futuro
 Les dispone. Mas luégo que torrentes
 De lluvia manda Acuario, que entristece
 El año que comienza; y ya seguro
 Teniendo el alimento,
 Lo gozan sabiamente en su aposento.
 A ti, por el contrario, te acontece
 Que ni invierno, ni férvidos calores
 Ni el fuego, ni la mar ni el hierro pueden
 Arrancarte jamás a la codicia,
 Pues nada te detiene en tus temores
 De que en riquezas te supere alguno.
 ¿En qué te beneficia
 Que vayas a hurtadillas y con susto
 A enterrar de oro y plata tus montones?
 Si los gastas, te juzgas arruinado,
 Y si no has de gastarlos por tu gusto,
 Qué te vale el tesoro sepultado?
 Que de trigo en tu era
 Se lleguen a trillar cien mil medidas,
 No por eso se espera
 Que llenes más tu vientre que yo el mío;
 Y, aunque al hombro conduzcas suspendidas
 Las canastas del pan, no mayor parte
 Tampoco recibieras que aquel siervo
 Que ninguna llevó. Ni qué le importa
 Más o menos arar, al que no aparte
 Está del radio natural? Declaras

Que coger a montón de grande acervo
 Un placer te reporta.
 Mientras tú me dejaras
 Otro tanto sacar de uno pequeño,
 ¿No fuera vano empeño
 Que tus amplios graneros alabaras
 Más que mis cestas? Por igual manera
 Si un jarro o un vaso de agua necesitas
 «Yo prefiero tomarlo de un gran río
 Que de esta pobre fuentecilla,» dices.
 Pues sábe que el Aufido en su carrera
 Arrasando las márgenes, bravío,
 Arrastra a todos esos infelices
 Que en superflua abundancia se deleitan,
 Y que aquel que apetece solamente
 Lo poco que le es indispensable,
 Ni bebe el agua turbia
 Ni pierde la existencia en el torrente.
 Mas muy considerable
 Porción de los humanos
 A quienes la codicia el ojo enturbia,
 «Nada, exclama, jamás es suficiente,
 Porque uno tanto vale cuanto tiene.»
 Qué hacer a esos insanos?
 Dejarlos libremente en la desgracia
 Ya que así, por su gusto, les conviene.
 Cuentan que, de éstos, en Atenas hubo
 Uno, rico avariento,
 Que, haciendo poca gracia
 A las censuras que en el pueblo oía,
 Para sí se decía:
 «Que la gente me silba? lo consiento;
 Mas yo mismo me aplaudo cuando entrando,
 De vuelta, a mi morada,
 Me gozo contemplando

La caja de doblones atestada.»
 Por la sed reducido,
 Tántalo sin cesar se precipita
 Del agua en pos, que de su labio ha huido.
 Te ríes? Pues, cambiado
 El nombre que en la fábula se cita,
 Tu historia he relatado.

Duermes sobre tus sacos en ringlera,
 Intranquilo, y allí, como un objeto
 Sagrado que merece tu respeto,
 No osas tocar, o bien, a la manera
 Que en hermosa pintura,
 En ellos tu mirada se recrea.
 ¿Sabes tú, por ventura,
 Qué valor tiene el oro
 Y en qué del mejor modo se le emplea?
 Comprando el pan, el vino, la legumbre
 Y todo lo que, al hombre necesario,
 Si nos falta, nos causa pesadumbre.
 Estar muerto de miedo vigilando;
 Día y noche temer a los ladrones,
 Al incendio, a los siervos, que, en robando
 Se fugan, esas son tus diversiones.
 Carecer de esos bienes
 Yo siempre por mi parte lo quisiera.
 Es más: Si acaso tienes
 Por la fiebre tu cuerpo acometido,
 O si, por otra enfermedad cualquiera,
 Al lecho te has rendido,
 ¿Hallarás quien te vea;
 A darte los remedio quien provea,
 Quien al médico ruegue
 Que a tus queridos hijos y parientes
 Sano y salvo te entregue?
 Ni tu esposa ni tu hijo

Desearán que te alientes;
 Tus vecinos, tus criadas y sirvientes,
 Todos tus conocidos te detestan;
 Y cuando tú, de fijo,
 A tu dinero todo lo pospones,
 ¿Estarás asombrado
 Del odio que tú mismo te has granjeado?
 Si a ganar te dispones
 Todos esos parientes que te ha dado
 Sin labor de tu parte la natura;
 Si a tus amigos atraer quisieras,
 ¿Tu esfuerzo no perdieras
 De igual suerte que el suyo perdería
 Quien el freno a un borrico le pusiese
 Pensando que podría
 Por tal modo enseñarle a que corriese
 En el Campo de Marte?
 Déja de acumular. A la pobreza
 Témele tanto menos cuanto hubieres
 Alzado tu riqueza;
 Y, ya que tienes bien para saciarte,
 Pón fin a tu faena, si no quieres
 A Ummidio semejarte.
 (Breve es el cuento): un rico que medía
 Por fanegadas el oro que apilaba,
 Y avaro hasta el extremo que llevaba
 No mejor que un esclavo su vestido.
 Con todo esto, vivía
 Temiendo que de hambre moriría;
 Mas fue lo sucedido
 Que de un hachazo lo partió en mitades,
 Al fin, una liberta
 Más fuerte que las hijas de Tindaro.
 —Cuál es, pues, tu consejo? Qué yo viva
 Cual Nevio o Nomentano?—Siempre acierta

Tu sentir a llevarte a extremidades.
 Cuando yo te prohíbo ser avaro
 Mandarte no he querido
 Que seas gastador y corrompido.
 Entre Tanais y el suegro de Vitelio
 La distancia es bastante.
 Un justo medio entre las cosas entra,
 Doquier, en fin, hay límites precisos,
 Más acá de los cuales o delante
 El bien jamás se encuentra.
 Y volvamos al punto de partida:
 Que nadie descontento
 Esté, como el avaro, de su suerte
 Y no alabe—a la suya preferida—
 La ajena condición; que su tormento
 No sea que la cabra del vecino
 A la suya supere en rendimiento,
 Sino que se compare a la crecida
 Multitud de los más necesitados
 Y no haga el desatino
 De estar a la continua pretendiendo
 Exceder a los más acaudalados,
 Pues, no obstante su afán, en el camino
 Uno más rico habrá que lo detenga:
 Tal,—cuando la barrera transponiendo
 Con sus rápidos carros los bridones,—
 El auriga, inclinado sobre el tiro
 Que tiene por delante,
 Se lanza en raudo giro
 A aquellos desdeñando
 Que, en las últimas filas, ya distante,
 Atrás él va dejando.
 De ahí que rara vez pueda encontrarse
 Quien dichoso declare haber vivido
 Y que, ya transcurrido



El tiempo que de vida le fue dado,
Consiga satisfecho retirarse
Como harto del banquete el convidado.
Y basta. Más no agregó, tèmeroso
De que juzgues de mí que al legañoso
Crispino los papeles he robado.

FRANCISCO VERGARA BARROS

Ocaña, 11 de noviembre de 1919.

ELOGIO DE LA REPUBLICA

(Del libro inédito *Educación Nacional*)

Quando uno recorre las difusas y pesadas páginas de las crónicas coloniales, invade el espíritu el prolongado y letárgico sopor que domina toda esa época de opresión y tristeza. En tanto que en el Viejo Mundo, desde la gran transformación del Renacimiento, se cambia el curso de las ideas, y se bate en hornos ardientes el hierro de la sociedad futura, y nueva arcilla se modela en nuevas formas, en el hemisferio americano todo parece condenado a una infecunda y fatal inercia. En la gran península que se denomina Europa todo se agita entonces con increíble rapidez, los hombres, las doctrinas y las cosas, y en el Nuevo Mundo yacen los colonos en un marasmo y una quietud interminables.

En las selvas, en las planicies, en las empinadas cumbres del continente americano, en las incipientes ciudades, miserables agrupaciones de cabañas, sólo se escucha el chasquido del látigo que cae inmisericorde sobre las espaldas del indio indefenso; las preces del misionero que lo exhorta a la obediencia y lo consuela con las esperanzas de un mundo mejor, más allá de

